

VI.

NI MESALINA, NI MAGDALENA.

El coche del marques de Rio Santo atravesó Green Park, de donde el frio y la niebla comenzaban á echar á los paseantes, cruzó por Picadelly, y llegó á Regent Street, deteniéndose delante de Barnweod-House.

—Dentro de un cuarto de hora estaré de vuelta, Angelo, dijo el marques. Pasead en el coche por la calle para evitar que lo vean detenido a la puerta de lady Ofelia.

La condesa de Derbi estaba sola y entregada a bien tristes reflexiones. Ignoraba el fatal resultado de la entrevista de Frank con miss Trevor; mas la penosa impresion que conservaba del paso que habia dado la víspera, era suficiente para imprimir en su rostro aquellas señales de amargo desaliento.

Hallábase sentada en una silla poltrona, ante un fuego moribundo, cuya vacilante claridad escageraba aún el aspecto de sus facciones, que espresaban una melancolía desesperada.

Ahora juzgaba su paso de la víspera, en el que se habia propuesto poner un obstáculo entre María Trevor y Rio Santo, porque éste le habia dicho que el menor desaire que recibiese de María, le llevaria dichoso á sus piés.

Habia dicho esto; ¿pero podia sufrir un desaire Rio Santo? ¿Habia obstáculos que él no fuera capaz de vencer

Pero con todas las inconsecuencias de los sueños de amor, temia ella por la seguridad de este dias, que ante sus temores tomaba de repente las proporciones de hombre. y se maldecia a sí misma de haber puesto su secreto, ¡su vida! à la merced de un enemigo.

En su loco arrebató fué à escoger por confidente de este funesto secreto al rival del marques, al hombre que tenia un interes en perderle a toda costa.

Este hombre, no obstante, era leal, y conocia ella su corazon franco y sincero, como el corazon de un caballero de los tiempos antiguos; pero estaba enamorado con todo el ardor de su alma. ¡Tambien era ella leal y sincera! y sin embargo habia faltado al juramento tantas veces repetido a Rio Santo, de callar la fúnebre aventura del caballero de Weber.

El amor es como la ambicion: hace callar la conciencia y cubra con un velo de olvido las mas santas promesas. ¡Y si se olvidase Frank Perceval!.... ¡si una indiscrecion!....

La pobre Ofelia no se atrevia a acabar la espresion mental de esta terrible hipótesis.

¡Cuán dolorosamente se arrepentia y cuán culpable se miraba!

Cuando su camarera Juana la anunció el marques de

Río Santo, desaparecieron todas estas ideas como por encanto. Levantóse radiante y consolada y dió un paso hácia la puerta; pero no pudo pasar adelante: el hombre que iba a entrar y al que amaba con tanto ardor, estaba amenazado del deshonor ó de la muerte, y todo esto por una imprudencia de ella misma.

Así es que al disipar esta idea su mente, volvió a caer sin aliento en el sillón.

Entró Río Santo, y al tomar la mano de Ofelia para besarla, advirtió que temblaba.

La emoción de la condesa fué contagiosa, pues sobrecojido Río Santo de una turbación extraordinaria, dejó caer la mano de Ofelia sin llevarla á los labios, fijando sobre esta una de esas miradas que someten á la pregunta á los corazones débiles ó subyugados.

Ofelia tenía inclinada la vista; pero al través de sus párpados cerrados sentía todo el peso de aquella mirada, pareciéndola que estaba de manifiesto su conciencia al implacable y mudo escámen del marqués.

Río Santo frunció ligeramente las cejas, al ver que se deslizaba una lágrima por la mejilla de lady Ofelia: esto le indicaba lo que quería saber, y sin que embargo temía preguntar.

Volvió a tomar la mano de la condesa, imprimió en ella un beso y se dirigió hácia la puerta.

—¡Oh! ¡milord! ¡milord! exclamó Ofelia, cuyas lágrimas contenidas empezaron a correr en abundancia; ¡no me dejéis así!

Río Santo se detuvo: su mirada estaba llena de ternura y de piedad.

—Estais bien arrepentida, ¿no es verdad? dijo el marqués; ¡oh! yo lo creo, señora; querriais rescatar a cualquier precio vuestra imprudencia...

—Al precio de mi sangre, milord! interrumpió Ofelia, juntado las manos y dirijiéndole una mirada suplicante.

—Ya lo creo, pobre Ofelia, ya lo creo, contestó Río Santo. Sois buena y me amais.... vuestra pena es sincera.... pero una palabra pronunciada no puede retirarse.

—¿Luego sabéis todo? murmuró la condesa.

—Todo lo temía, aunque nada sabía; vos misma acadais de descubrirlos.... ¡os era otras veces tan grata mi venida! ¡Era vuestra sonrisa tan franca y dichosa!... Y hoy me recibis con lágrimas.

Detúvose un instante y despues continuó con calma:

—Es mucha desgracia, señora!

—¿El qué? exclamó la condesa desesperada; ¿está el peligro próximo y vuestra vida?....

—¡Mi vida! interrumpió Río Santo sonriéndose tristemente, no se trata de mi vida, señora.... Pero no os basta con la de Weber?

—¡Oh! ¡milord! murmuró con espanto; temo comprenderos.

—Harto me comprendéis, milady.... vuestra indiscreción ha condenado un hombre; pero, no está en vuestra mano ni en la de nadie el condenarme á mí.

Ofelia se levantó y cayó de rodillas a los piés del marqués.

—¡Gracia D. José! ¡gracia por él! exclamó.

—Río Santo la alzó de la mano y se sentó a su lado.

—¡Pobre Ofelia! murmuró; ¡cuántas penas os ha causado mi amor! sois la mas bella y la mas noble de todas las mugeres de que guardo recuerdo.... os amo tanto como ántes; mas aún, señora, y no se dirá que habeis doblado la rodilla en vano ante mí.... Sentaos a vuestro escrito-

rio y tomad una pluma, Ofelia, para escribir al honorable Frank Perceval.

La condesa obedeció en seguida, y Rio Santo se apoyó en el respaldo de su sillón.

—Quisiera deciros simplemente: Perceval no tiene nada que temer de mi parte, continuó el marques; lo quisiera, señora, porque vuestros menores deseos tienen para mí la fuerza de las órdenes de un rey.... pero no soy dueño de mi destino.... ¿No me he visto obligado un día a dejar la dulce vida que llevaba a vuestro lado?.... Escribid, os lo ruego.

Lady Ofelia mojó la pluma en el tintero, y el marques continuó:

—Escribid al honorable Frank Perceval que mañana a las nueve de la noche le esperaréis en vuestro coche, delante del teatro de San James, en el ángulo de Duke-Street....

Ofelia escribió.

—¿Y acudiré a ese parage? preguntó ella.

—Vuestro coche, milady, pero no vos.... Debo ser yo quien reciba a Frank Perceval.

Ofelia se volvió vivamente y fijó en Rio Santo una mirada inquieta.

—Os doy mi palabra de honor, dijo el marques, contestando a aquella mirada, de que respetaré la vida de Perceval.... Poned el sobre, señora, porque urge el tiempo.

Lady Ofelia vacilaba aún, acordándose del caballero de Weber.

En esto miró Rio Santo el reloj, y tomó en seguida su sombrero, que estaba sobre una silla.

—Señora, dijo inclinándose, un deber muy imperioso me obliga a alejarme de vos tan pronto.... Parece que quereis reflexionar; enhorabuena: mañana me haréis sa-

ber vuestra voluntad.... Ya os he dicho el solo medio de salvar la vida del honorable Frank Perceval.

Salió Rio Santo, y la condesa quedó pensativa, teniendo por cierto graves motivos para meditar. Así se pasaron dos horas: ¡pensaba en el peligro de Frank Perceval!

Lady Ofelia era una muger generosa, encerrando su corazón cuanto hay de digno, bueno y sensible; pero el amor que sufre es egoista, y la condesa olvidó su carta, ocupada su mente de los numerosos recuerdos de un pasado harto querido.

Aquella carta, por concluir, la sacó al fin de su distracción, y firmándola, escribió el sobre y la puso en la cajita de donde debía tomarla Juana la mañana siguiente para echarla al correo.

—¡Esas dudas injustas, y que tanto le ultrajan, murmuró, son las que le alejan de mí.... Todos los hombres tienen desafíos.... y M. de Weber murió con la espada en la mano.... ¡Oh! ¡pero fué tan extraño este duelo, Dios mio!

Hacia mucho tiempo que Rio Santo habia entrado en su coche y Bembo notó una nube en su frente al sentarse en los ricos almohadones de seda, creciendo su sorpresa cuando preguntando el cochero la dirección que debía tomar, respondió el marques distraido:

—No lo sé.

—¿Debemos regresar a Irish-House? dijo entonces Bembo.

—No.... no.... exclamó el marques, cuyas facultades todas parecían estar absorbidas en una profunda preocupación; cuando volvamos a Irish-House, Angelo, será ya tarde.

En seguida, dirigiéndose al cochero, añadió en tono resuelto:

—¡A Cornhill, tienda de Falkstone!

El coche partió en el acto.

—Angelo, continuó Rio Santo con voz conmovida, hablabais de peligro... y ha llegado.

—¡Tanto mejor, milord! exclamó Bembo; por los santos ángeles, mis patrones, ¡tanto mejor!

El marques meneó la cabeza con lentitud.

—¡Ah! dijo este ¡si yo no hubiera perdido estos seis días... Pero acaso han trabajado otros por mí: voy a saberlo. Mi correspondencia secreta me espera en la casa de comercio... Como quiera que sea, ha llegado el momento, Angelo. Una palabra imprudentemente pronunciada... ¡Ah, no confiéis jamás vuestro secreto a una muger, Bembo!... una palabra va a precipitar el desenlace... Débil ó fuerte, preciso me será combatir.

—¡Me tendréis a vuestro lado, milord! dijo Bembo con la ardiente vivacidad de su afecto.

—Gracias... ya sé que daréis vuestra vida por mí, Angelo.

Y le tomó la mano conservándola mucho tiempo entre las suyas, como si se hubiese olvidado de sí mismo en sus profundas meditaciones.

—Está echada la suerte, murmuró al fin; ¡Dios salve la Irlanda!

—¡Dios salve la Irlanda! repitió Bembo casi con arrebatado.

El marques se estremeció al oír esta voz extraña que reproducía su pensamiento tan escondido hasta entónces en su mente, y dirigió tal mirada a Bembo, que este inclinó la vista.

—¡Gracias! repitió Rio Santo, cuya voz se llenó de una amargura melancólica; pero me habeis asustado, Bembo,

porque estas palabras pronunciadas en Lóndres, resueñan como un grito terrible de guerra... y quince años de fatiga, amigo mio, me han adquirido el derecho de dar yo mismo la señal.

El coche se detuvo en la esquina de Finch-Lane y de Cornhill.

Rio Santo continuó con acento breve y desembarazado:

—Desde luego, Angelo, sois mi ayudante de campo... Aunque nada os he dicho, os he dejado adivinar, y esto ya veis que es depositar en vos mi confianza....

—Así lo comprendo, milord, y espero que dispongais de mí.

—No esperaréis mucho tiempo, Bembo... En seguida os encargo que reunais en la sala de White-Chapel todos los lores de la noche... y dentro de dos horas estaré yo allí... Es preciso que los encuentre reunidos.

—Lo estarán, milord.

—Es preciso tambien que a la misma hora tenga noticias ciertas sobre el estado de la mina del Príncipe's-Street... porque necesitaremos mucho oro, Bembo.

—Tendreis noticias fijas dentro de dos horas.

—Hasta luego, pues, dijo Rio Santo, saltando del coche y volviendo el ángulo de Finch-Lane para ir a la calleja enlodada donde estaba la entrada de las tiendas de Eduardo y C.

El coche continuó parado delante de la joyería de Falkstone.

Bembo se apeó y subió en un simon.

En las tiendas de Eduardo y C. no habia ninguna luz, hallándose todas ermeticamente cerradas; pero Ereby, el pequeño negro, que habia bajado de la trasera del coche al mismo tiempo que Rio Santo, sacó del bolsillo una

llave y metiéndola en la cerradura de la puerta principal, dió dos vueltas y se abrió esta sin el menor ruido.

—Ve a llamar en la puerta del salon del centro, le dijo Rio Santo al entrar.

—¿Cuántos golpes debo dar?

—Uno.

El negrito se adelantó y Rio Santo le siguió, penetrando en seguida en el salon sin ventanas, con seis puertas, donde ya le hemos visto una vez, bajo el nombre de Eduardo, en compañía de M. Smiht, mistress Bertram, M. Falkstone, el cambista Walter y maese Pedro Practice, antiguo procurador y actualmente chalan y usurero.

No bien habia llamado a la puerta el negro, cuando se abrió y salió por ella Fany Bertram.

Esta debia haber sido, cinco ó seis años antes, una criatura maravillosamente bella, y aun ahora era una de esas mugeres que en la calle se siguen largo rato con la vista, y que percibida una sola vez, graban su preciosa imágen en nuestra memoria.

Era una criolla de las Antillas, que habia pasado su juventud en vida de aventuras y placeres, lo que habia dejado en toda su persona señales, que aunque incapaces de destruir su hermosura, no podian ocultarse al ojo ménos experimentado.

Fany no amaba ya, por haber amado mucho, ó acaso porque el último hombre a quien amó la hacia mirar con desprecio a todos los demas que habria podido amar todavía.

Dormíase en su apatía tropical, resignada al olvido del hombre que habia pasado en su vida como un meteoro, y despues de la dicha que gozó un momento no queria ya otra felicidad.

Y sin embargo, Fany habia pecado mucho antes de ser

querida de Rio Santo, que la obsequió algunos dias para dejarla en seguida.

Ahora le venia a la memoria, y este recuerdo de un dia llenaba su vida. Hacia mucho tiempo que no amaba ya al marques con ese amor de delirio y zelos, que hace la desventura de una muger abandonada; pero le conserva su corazon.

Mitad por apatía, mitad por sentimiento, rompía por sí misma, sin objeto moral, sin religion y sin necesidad, con todos los placeres de la juventud.

El cuerpo de esta muger, en que todo parecia voluptuosidad, habia adormecido sus sentidos, dejando el alma en lo pasado.

Cuando entró Fany Bertram "en el salon del centro" llevaba en la mano un cofrecito con embutidos en que su cifra se enlazaba por todos lados, en caprichosos arabescos, con la cifra de Rio Santo.

—¡Dadme, Fany, dadme! exclamó el marques tomando el cofrecillo con viveza; ¿tiene muchas cartas?

—Muchas, contestó la criolla sentándose al lado de Rio Santo.

—¿Y la llave?....

—Dejadme abrir, Eduardo, vuestra mano tiembla....

En efecto, temblaba la mano de Rio Santo. En el momento que Fany dió vuelta a la llave, levantó él la cubierta y miró el interior.

Contenia como unas veinte cartas, y al primer golpe de vista percibió Rio Santo entre ellas un grueso pliego que llevaba el sello del correo de Irlanda.

A la vista de este pliego lanzó un grito de alegría y se apresuró a romper el sobre.